

CABALLERO ANTIGUO. CABALLITOS

DE MAR (TENEMOS UNOS,

estilizados, de cristal, y teníamos de verdad, disecados, cuando niños). Caballitos de plomo de los soldados de infancias idas y que desaparejados heredamos.

Caballo también

el que como pisapapeles tenía mi padre en la mesa del despacho y que en su mesa sigue, en la nueva casa. Era el que llevan las góndolas

de Venecia,

no un objeto turístico, un souvenir, sino uno auténtico,

exactamente uno como los que las góndolas de verdad llevan.

Fueron a comprarlo como recuerdo durante su viaje de novios

al herrero que para los gondoleros los hacía. Un tío materno también tenía,

y les dio la dirección precisa. Un sitio perdido,

recuerda
mi madre. Yo pasé por él, por esta fonderia, por
casualidad
cuando estuve en Venecia hace tres años. Estaba
camino
de la Scuola Grande di San Rocco, culmen de la
grandeza del arte,
de su maravilla, que yo me empeñé en ver y este
empeño
agradecieron mis amigos. Lo leí en el libro de un
escritor
que era de verdad veneciano, que por ello compré
y quizá por ello
ningún consejo daba. Al final soltaba, como quien
revela un secreto,
este precioso nombre, que fue un deslumbramiento
y un goce, y también San Giorgio degli Schiavioni.
Fuimos al día siguiente, pero era uno de noviembre
y estaba cerrado.
A cambio vimos San Giorgio dei Greci, que según
la guía casi nunca está abierto,
y sólo sus puertas pueden cruzarse muy
ocasionalmente. Como ese día.

Los griegos de Venecia aún perduran, y allí
estaba, recoleta,
Grecia. En Venecia, como en Sicilia, se está en
Grecia.
Las comunidades secretas son las que la ciudad
más constituyen.
De camino a la Scuola Grande pasé por esta
fonderia.
No apunté la dirección, pero seguro que era la
misma.
Un local de artesanía, modesto, viejo, ya muy caído,
que nada tenía que ver con el turismo. Un local
que estos caballos para las góndolas hacía y parecía
tan brumoso y tan perdido como el que mi madre
recordaba.
Acaso es el destino. Pero me fijé y no todas las
góndolas
llevaban caballos: algunas llevaban otras cosas,
para mi gusto
más feas, o caballos de distinto modo. Aunque
algunos
conservaban los antiguos y así a veces veía navegar
por los canales

al que estaba en casa, al que teníamos no sé
si con mucha justicia allí encerrado e impedíamos
vivir libre y cumplir de verdad con su destino. Es
un objeto mínimo,
íntimo, y aunque quizá no sea justo privarlo de su
destino y tenerlo
encerrado en casa acaso se nos perdone por lo que
tiene
sólo de recuerdo, de emblema y de cifra, como decía.
Es una señal
y un guiño íntimos, como una lámpara y un espejo
tan venecianos como suntuosos
—pero también bellos— que mi bisabuela trajo
de su viaje de novios
y he visto siempre en su casa, y allí aún hacen
compañía. Este caballo es sólo un símbolo,
un signo. Un sueño que nos haga vivir
con un instante de belleza y luz en el camino.
Llegar a Venecia sin haber estado nunca y ya
mayor,
cumplidos ya cuarenta. Leí luego, tras un tiempo,
una de esas páginas biográficas de Juan Gil-Albert
en que relata

impresiones íntimas. En éstas relata su impresión de su primera llegada a Venecia, llegada similar, de edad y de poeta. Dice que fue la impresión estética más importante de su vida. También lo fue para mí, también así lo sentí, y esta impresión tan profunda que me causaba y me inundaba el alma la percibieron mis amigos y creo que les hacía gracia. Empezaba ya el crepúsculo, e íbamos, en vaporetto, por el Canal Grande. Dije algo parecido a lo de Gil-Albert, en sus páginas mi exacta impresión encontré luego escrita. Cómo puede ser verdad tanta belleza, dije o dijo también luego en sus páginas el poeta del 27, pero esa es la verdadera sensación que tuve y no puede ser más preciso el decirlo. Cómo puede ser verdad tanta belleza. Así mi llegada a Venecia, así el Gran Canal, a la tan particular y preciosa hora

del crepúsculo. La hora de la pintura, decía, creo,
Tiziano,
y este título se había dado ese mismo mes de
octubre a una exposición
de la maravillosa pintura de Ramón Gaya, hombre
también del 27,
y en la que había alguna preciosa acuarela de Venecia
y un documental en que su voz contaba las
impresiones
que en sus estancias allí en su diario anotaba.
Preciosa pintura, bello documental, la adolescencia
que descubre al 27 y que vuelve. Venecia, el
crepúsculo,
el Gran Canal, el caballo que hace de pisapapeles
al que veo cumplir en el agua y el aire su destino,
ser emblema de ciudad, cifra de una historia y
una vida.
Quisiera volver a Venecia, aunque no sé si lo haré.
Esto nunca se sabe. Pero Venecia me acompaña,
está al final de mí, como una música. Caballero
antiguo.

20 marzo 2009

156